

SABER E INHIBICION EN LA INFANCIA

MÓNICA ALEJANDRA BOTERO HOYOS

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS
MEDELLÍN
2019**

SABER E INHIBICION EN LA INFANCIA

MÓNICA ALEJANDRA BOTERO HOYOS

**Trabajo de Monografía para obtener el título de
Especialista en Problemas de Infancia y Adolescencia**

Asesor:

ELADIO HUMBERTO ACOSTA

Magister en Ciencias Sociales

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANALISIS

MEDELLIN

2019

RESUMEN

La presente monografía surge a partir de una necesidad profesional, por comprender y esclarecer desde una perspectiva psicoanalítica aquellos aspectos psíquicos que pueden conducir a la constitución o inhibición del deseo de saber en la infancia. Considerando de suma importancia todos aquellos aportes psicoanalíticos que puedan de una u otra forma abrir perspectivas prometedoras no solo para el infante, sino para el pedagogo y la escuela en general.

El trabajo se desarrolla partiendo de una teorización sobre el saber, el deseo y todos los actores que intervienen allí. Se continúa con un desarrollo de apartes de psicoanálisis infantil que incluye un momento tan crucial del desarrollo psíquico y biológico como es la sexualidad infantil, sus características y fases, con el fin de llegar a la pulsión y con ella enfatizar la pulsión epistemofílica como eje central de la monografía. Así mismo se aborda el concepto de inhibición del deseo de saber y el desarrollo de algunos mecanismos psíquicos que logran intervenir en dicha inhibición.

PALABRAS CLAVES: deseo, saber, pulsión epistemofílica, inhibición.

ABSTRACT

The present monograph arises from a professional need, to understand and clarify from a psychoanalytic perspective those psychic aspects that can contribute or inhibition the desire to know in childhood. Considering the importance of all those psychoanalytic contributions that can in one way or another, open promising perspectives not only for the infant, also for the pedagogue and the school in general.

The work starts based on a theorization about knowledge, the desire about knowledge and all the parties involved there. Then continues developing the child psychoanalysis including the psychologic and biologic development as Child sexuality, its characteristics and phases, in order to reach drive and the emphasize the epistemophilic as the central axis of the monograph. It is also addressed the concept of inhibition of the desire to know and the development of some psychic's mechanisms who manage such inhibition.

KEY WORDS: desire, knowing, epistemophilic drive, inhibition.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
OBJETIVOS	8
General.....	8
Específicos	8
PREGUNTA.....	8
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	9
1. DESEO DE SABER	11
1.1 El deseo.....	12
1.1.1 El niño como deseo del Otro	15
1.2 Narcisismo	16
1.3 Sexualidad infantil.....	19
1.3.1 Características de la sexualidad infantil	22
1.3.2 Fases del desarrollo sexual	24
1.4 La pulsión.....	28
1.4.1 Pulsión y saber	30
1.5 Sublimación – simbolización	36
2. INHIBICION DEL DESEO DE SABER.....	40
2.1 Represión	44
2.1.1 La represión primaria	45
2.1.2 La represión secundaria	46
2.2. La angustia	49
2.3 El síntoma	52
CONSIDERACIONES FINALES.....	55
BIBLIOGRAFIA	57

INTRODUCCIÓN

La presente monografía surge a partir de una necesidad profesional, por comprender y esclarecer desde una perspectiva psicoanalítica aquellos aspectos psíquicos que pueden conducir a la constitución o inhibición del deseo de saber en la infancia. Considerando de suma importancia todos aquellos aportes psicoanalíticos que puedan de una u otra forma abrir perspectivas prometedoras no solo para el infante, sino para el pedagogo y la escuela en general.

Para 1905 Freud plantea el carácter de ley que posee la existencia de una pulsión sexual en la infancia y ligada a ésta adscribe una pulsión de saber o conocimiento llamada “pulsión epistemofílica”, pulsión que lleva al infante a investigar, a querer saber y cuya primera expresión apunta, precisamente a la pregunta por el origen como uno de los pilares para que el infante cimiente los inicios de la constitución de su identidad. La duda por lo desconocido se convierte entonces en un gran determinante para que surja o no el deseo de saber, esto quiere decir, que a mayor inhibición del niño en la interacción con el adulto respecto a la manifestación de sus preguntas o dudas, más lejana la posibilidad de simbolizar su mundo, o sea, a mayor represión más difícil será para el infante poner en palabras lo deseado.

No obstante, para que surja la duda o ese impulso por saber debe existir el “deseo”, esa fuerza que lo impulse a vincularse a un proceso de reafirmación como sujeto, al cual se le han respetado y reconocido sus demandas y está en condiciones de hacerse responsable de sus sentimientos, por ejemplo un niño cuyas primeras inquietudes le han sido respondidas adecuadamente a su nivel, es posible que cada vez aparezca con preguntas lógicas en avance de verdadero cuestionamiento. Empero, si la demanda del infante no es tenida en cuenta, la experiencia será completamente ajena a su devenir, llegando a un bloqueo en la producción de nuevas expectativas.

La monografía queda abierta para todas aquellas personas cuyo interés se orienta en la educación, esto incluye padres y maestros que deseen reflexionar sobre los avatares de la infancia y más si se quiere contribuir o enriquecer en dicho quehacer pedagógico.

El trabajo se desarrolla partiendo de una teorización sobre el saber, el deseo y todos los actores que intervienen allí. Se continúa con un desarrollo de apartes de psicoanálisis infantil que incluye un momento tan crucial del desarrollo psíquico y biológico como es la sexualidad infantil, sus características y fases, con el fin de llegar a la pulsión y con ella enfatizar la pulsión y el saber cómo eje central de la monografía, sin dejar de lado el tema de la sublimación como vía de escape. Y un segundo capítulo incluye el concepto de inhibición del deseo de saber y el desarrollo de algunos mecanismos psíquicos que logran intervenir en dicha inhibición, tales como la represión, la angustia y el síntoma.

OBJETIVOS

General

- Esclarecer desde una perspectiva psicoanalítica qué aspectos psíquicos conducen a la constitución del deseo de saber o a su inhibición en la infancia.

Específicos

- Concebir cómo entiende el psicoanálisis el deseo de saber en la infancia.
- Esclarecer el concepto de pulsión epistemofílica.
- Analizar algunos mecanismos psíquicos y su relación con la inhibición del deseo de saber.

PREGUNTA

¿Qué aspectos psíquicos pueden conducir a la constitución o inhibición del deseo de saber en la infancia?

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Hablar del acto educativo en la infancia implica pensar el saber como algo que va más allá de un simple conocimiento; apunta a las posibilidades de los niños para conocer tanto como a su deseo en relación con el saber. Se ha observado que para muchos niños, en la escuela, el aprendizaje representa serias dificultades, ya que aparece en alguno de ellos impulsos que lo desvían de dicho acto, llevándolo en contravía, en vez de comprometerlo con él. Con frecuencia se visibilizan algunos conflictos en los niños ante el esfuerzo por adquirir un conocimiento, algunos de ellos incluyen dificultades en la lectura, en la escritura, en su comprensión lógica y auditiva, en la concentración, organización, atención, habilidades sociales, habilidades motoras o una combinación de ellas.

El hecho de que un niño presente apatía por el saber, entendiéndose éste como la adquisición o apropiación de conocimientos ya establecidos, lleva no solo a la escuela, sino también a la sociedad misma a pensarse en múltiples soluciones que en la actualidad y a partir de la experiencia docente han sido asumidas con rapidez o en la mayoría de los casos han sido equivocadas, como por ejemplo: excluir a todos aquellos que dejan brechas al no poder cumplir con las exigencias de un currículo, separarlo de la escuela, etiquetarlo como niño problema, alejarlo por tener un comportamiento diferente del esperado o por presentar una compilación de conocimientos inferiores a lo exigido por el sistema educativo. En ocasiones se recurre a soluciones orientadas a la implementación de métodos pedagógicos, suponiendo que la sola presencia de un docente que se encargue de ese niño, bastaría para despertar un deseo por el saber.

Al parecer, la solución no está dada con la utilización de técnicas recetarias para aprender mejor o valiéndose de estrategias pedagógicas que puedan perfeccionar el aprendizaje, no se puede perder de vista qué es lo que hay tras la instancia de un malestar que se está produciendo en ese niño que siente apatía por el saber. En este caso cabría preguntarse ¿qué se pone en juego para que un niño le diga no al saber? y ¿cómo abrir otros caminos en los decires del niño, para que sea él mismo quien logre adquirir un vínculo

diferente con el saber?, ¿Qué aspectos psíquicos pueden conducir a la constitución o inhibición del deseo de saber en la infancia?.

1. DESEO DE SABER

Para hablar del deseo de saber es importante comprender en primera instancia y a los propósitos del siguiente trabajo, a que se le llamará saber. Su etimología proviene del latín “sapere” que significa “tener inteligencia o conocimiento sobre algo”¹. La acción o efecto de saber algo no se puede confinar con un concepto definido, dado que obedece a la perspectiva de cada quien. No obstante, la palabra es usada muy comúnmente para mostrar que una persona adquirió un conocimiento en relación a un tema en específico, así mismo, para referirse a la sabiduría que conserva un individuo sobre algo, por lo tanto, el saber apunta al conocimiento que cada persona posee con respecto a una materia definida.

Se puede alcanzar el saber o llegar a conocer sobre un tema por varios motivos, entre ellos, por medios propios o experiencias vividas, por los conocimientos de otros, es decir, por medio de la educación bien sea de forma práctica o teórica que alguien más puede implementar sobre los demás. El saber engloba entonces toda esa información sobre conocimientos desarrollados y acumulados acerca de distintos temas que dependen del interés de cada individuo, pero que conjuntamente se complementan para explicar el proceso del desarrollo intelectual de cada quien, percibiéndolo además como un instrumento personal de evolución pero particular y único. En últimas, el saber puede tomarse como una representación objetiva de una realidad vivida o que otra persona relate.

En efecto, no puede reducirse únicamente a un tipo de aprendizaje como tal, ya sea porque se efectúe en una escuela o venga desde la educación obtenida en casa, pues el saber es un cúmulo de todo lo que pasa por nuestros sentidos, ósea, aquello que se observa, se oye, se siente, se huele, se estudia, se practica y mucho más. Es decir, es todo lo que persiste en la memoria y se tiene la idea que está en ella. Obedece también del mundo externo, la cultura, las tradiciones, autoridad y costumbres de la comunidad en la que se vive, pues el saber progresa de persona en persona dependiendo de las experiencias y

¹ Definición de saber <https://conceptodefinicion.de/saber/> (consultado el 15 de abril 2019).

situaciones que se presentan en su día a día, en fin, se puede decir que el saber es una construcción social.

Es de suma conocer que el saber tiene en cuenta el deseo del sujeto, sus intereses y sus elecciones, no obstante se encuentran casos donde no existe ningún interés por aprender o por saber algo y en la mayoría se atribuyen dichas causa a los obstáculos o barreras en el aprendizaje, sin tener en cuenta una de las tesis principales del psicoanálisis la cual sostiene que para saber es necesario desear saber. Diciéndolo de otra forma “no hay saber sin deseo”. Es por esto que, se considera significativo para el desarrollo de este primer capítulo, precisar qué es la pulsión epistemofílica, no sin antes hablar de la relación indisoluble que existe entre el deseo, el narcisismo, la sexualidad infantil, la pulsión, la sublimación y la simbolización, como esclarecedores de la intención de los mismos en relación al saber.

1.1 El deseo

Para continuar con la argumentación resulta imprescindible proseguir con la aparición de la noción de deseo en la obra de Freud, donde se sostiene que el deseo es singular, propio de cada sujeto. En la “Interpretación de los sueños” Freud señala como el deseo se encuentra ligado, a partir de lo que él denomina como la primera vivencia de satisfacción, lo dice así:

“...la próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la

reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa manera, y por tanto el desear terminaba en un alucinar”².

El deseo es lo que queda de la primera experiencia de satisfacción vivida en la infancia, esta experiencia busca repetirse y al no poderse satisfacer deja en el ser hablante una huella mnémica perpetua, que está dinamizada por la pérdida y por ello es deseada. Lacan, citado por Ramírez, (2012) reconoce que la vivencia de satisfacción está en la base de todos los posteriores sentimientos morales del sujeto (p. 26). Es esta primera vivencia de satisfacción, la que permite que el niño tome distancia y construya su propio deseo. Se deriva de esto la constitución de un sujeto de deseo, dándole un lugar simbólico al interior de la familia, con lo cual se permite la transmisión del deseo y como resultado se da el paso de lo biológico al sujeto deseante.

Es oportuno empezar señalando que la concepción freudiana del deseo es utilizada de formas variadas: en un primer lugar aparece la palabra “Wunsch”, para indicar el deseo en la acepción de desearle a alguien suerte; un segundo significado remite a “Lust”, para referirse al placer y a la felicidad; y el tercero “Begierde” que, como apetito, anhelo, querer, alude a la búsqueda de la satisfacción. Con esta abundancia semántica Freud reúne todos los aspectos de la dimensión “deseante”, inscribiéndolos en una proyección del porvenir donde se ubica, en un nivel real o fantástico, la realización del deseo; esto, para Freud, no es tanto el deseo presente del adulto cuanto un deseo antiguo, vinculado a la primera infancia, que dejó una huella mnésica que, uniéndose al deseo actual, le proporciona carga, intensidad, tensión, expresada en el sueño o en el síntoma.

² Sigmund, Freud. *La interpretación de los sueños*. Vol IV. En Obras completas (Buenos Aires: AE1900).

El significado de Begierde será entonces el utilizado en las siguientes líneas por medio del cual Freud designa el interés o codicia por recuperar algo perdido, es decir, se refiere a las primeras experiencias de satisfacción de las cuales una imagen mnémica permanece asociada a la huella mnémica de la satisfacción. En este caso Freud no relaciona necesidad con deseo. La necesidad surge de un estado de tensión interna que encuentra su satisfacción por una acción específica procurando encontrar un objeto real adecuado para satisfacerla, por ejemplo “el alimento”, mientras que el deseo se refiere a algo inconsciente que orienta la vida particular de cada sujeto. Por otra parte, considera que el deseo es irreductible a la necesidad, dado que en su origen no está relacionado con un objeto real, independientemente del sujeto, sino con la fantasía.

El deseo tiende por tanto, no a la necesidad, sino a la huella y, al catectizar la huella haciendo surgir la alucinación, produce el olvido del camino que satisfaría la necesidad condenando al sujeto a una búsqueda signada por la repetición, por ejemplo: el niño tiene hambre, pide, mama y se duerme calmada su hambre, sin embargo al dormir alucina el seno, como si no estuviera satisfecho. El seno que aparece en la alucinación es el objeto de un niño satisfecho respecto de su hambre, pero insatisfecho respecto de su deseo. Es decir, que lo que el niño alucina no es el objeto de la necesidad, sino el objeto para siempre perdido del deseo. Pérdida del objeto que se infiere precisamente a partir de la alucinación. No obstante, es importante precisar que en esa alucinación no se reencuentra el objeto mismo que causa el deseo, es tan solo una simulación de dicho encuentro.

El deseo entonces permite mover al sujeto incesantemente a la espera del retorno de lo que continúa faltando indefinidamente. Es la expresión clara de una pérdida significativa que lleva a que toda la evolución ulterior del ser humano se efectúe bajo los rasgos de esa carencia. Y a pesar de que mueve y agita no podrá reconocerse como propio, de ahí que se deba plantear, tal como lo señala Lacan, que el deseo siempre será el deseo del otro.

1.1.1 El niño como deseo del Otro

El deseo entendido en párrafos anteriores como anhelo o aspiración, remite a una acción en donde el otro es clave fundamental para desencadenar dicha máquina deseante, de esta manera se pone a funcionar una corriente de transmisión entre sí mismo y el otro. El niño no sabe satisfacerse solo, es necesario enseñarle. Por tanto, el deseo surge en el infante a partir del deseo del Otro, por esto es importante mencionar que existe una relación bastante íntima entre el deseo de saber y el Otro. Es así que el psicoanálisis entiende la búsqueda por el deseo de saber, pero un deseo del sujeto que no hay como articular sin llevar en cuenta la participación del Otro, entendiendo por este Otro a los padres o adultos que le acompañan en su nacimiento, que estaban en búsqueda de su existencia y que a partir de dicha decisión se comienza a volcar sobre ese futuro niño una serie de fantasías y expectativas que ponen en juego el deseo de cada uno de los progenitores.

En ese mismo sentido, ligado a la participación del Otro, surge el deseo a partir del lenguaje, y aquí vale tanto lo que se dice como lo que no se dice (será niño, será niña, será como yo, será como tú). El nombrar al niño antes de ser concebido le permite ser “alguien” y esto le presta ya una existencia simbólica. El deseo le precede, en tanto él es deseado por sus padres, está en ese Otro-parental que decide su concepción. Por lo cual el niño está en posición de objeto de deseo, desde antes de su nacimiento. Una vez nacido el niño es envuelto por los cuidados maternos que buscan satisfacer sus necesidades primarias, la madre le habla y comienza a vehicular por medio de la palabra y de los gestos su deseo y su afecto hacia él. Por esto se dice, que en lo relativo al deseo hay en parte una dependencia del Otro, pues el niño pasa por el deseo del Otro para construir su propio deseo.

Un niño puede llegar a ser percibido como un organismo el cual requiere cuidado y alimentación sin ponerse en juego “el erotismo”, tal como lo menciona Janin (2011)³, exponiendo los casos por ejemplo de hospitalización, donde aparece el niño-cosa con el que no se construyen historias, ni se juega el deseo. Así mismo, se presentan casos de infantes erotizados sin ternura, en donde la misma caricia llega a ser lacerante al ingresar en la

³ Beatriz Janin. *El sufrimiento psíquico en los niños*. Diagnósticos en la infancia. (Argentina 2011), 39.

lógica de la represión materna. Al respecto la autora dice: “si el niño queda sujeto a una sexualización excesiva, si se le toma como “juguete erótico” en donde la madre le da pecho solo para sentir placer sin tener en cuenta las necesidades del niño, quedará a merced de la sumatoria de la excitación materna y la propia, indiferenciadas”. Freud en el historial de Juanito, menciona que siempre habrá un exceso en la erotización y en la prohibición, sin embargo la erotización se puede transformar en excitación desmedida o estimulación excesiva, en donde el otro es tomado como parte del propio cuerpo o una alternativa de satisfacción erótica y no como sujeto que tiene sus propias exigencias.

Con las primeras caricias los padres logran transferir su modo de desear y de amar, al mismo tiempo sus prohibiciones y sus modelos de relación con el otro. En efecto, el infante ante cualquier avance del medio que vive como hostil puede adquirir vacíos internos, ocasionando que sus deseos no puedan sostenerse. Janin (2011) lo retoma diciendo: *“cuando lo vivenciado se torna insoportable, el movimiento expulsor puede llevar a la excorporación de todo pensamiento que quede ligado a él, a arrojar de si toda representación que duela”*, quedan entonces como consecuencias vacíos marcados por una expulsión y un mundo que cobrará características siniestras, desmantelando sus propias fantasías y dejando de lado su deseo al no existir deseo del otro.

1.2 Narcisismo

En este mismo orden, aparece el narcisismo como uno de los factores determinante en la relación del infante con su deseo de saber. Para 1914 Freud elabora el escrito “Introducción del narcisismo” y con él describe de forma más unificada la teoría de la libido muy de la mano de la concepción que refiere al narcisismo. En ésta toma el concepto de P. Nácke, con el que explica una perversión en sujetos, exponiéndola como: *“conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mima, hasta que gracias*

*a estos manejos alcanza la satisfacción plena*⁴. Logra entonces explicar al narcisismo como un período esperado en el recorrido evolutivo de la libido, entiendo a la libido como una energía sexual que debe ser diferenciada de otras energías, como por ejemplo el apetito, que es una energía para la supervivencia.

Sin embargo, Freud continúa investigando sobre el tema y encuentra que en la parafrenia el psicótico no invierte libidinalmente objetos del exterior. Por tanto, Freud se cuestiona por el destino de la libido en estas psicosis, dado que parecen “haber retirado realmente su libido de las personas y cosas del mundo exterior, pero sin sustituirlas por otras en su fantasía. Cuando esto último ocurre, parece ser algo secundario y corresponder a un intento de curación que quiere reconducir la libido al objeto” (Freud, 1914, p.72). Es así como Freud logra explicar que “*la libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo*” (Freud, 1914, p.72). En lugar de que la libido busque satisfacción en objetos exteriores, se satisface en el cuerpo propio.

De acuerdo con lo anteriormente mencionado, se considera necesario plantear la distinción entre el momento en que la libido se dirige a un objeto o al propio cuerpo, nombrándolas como: la libido de objeto y libido yoica. La primera (libido de objeto) se identifica cuando la libido se vuelca sobre los objetos, es decir que hay un interés del individuo en el exterior. La segunda (libido yoica) se presenta cuando hay una introversión de la libido hacia el yo. Ante esto, Freud explica que en los orígenes de la vida la libido de objeto y la libido yoica no se disciernen, están unidas, el niño siente satisfacción a través de su propio cuerpo, las satisfacciones sexuales son autoeróticas, se vivencian al tiempo que las funciones de autoconservación. A su vez en este momento no hay en el individuo un yo formado aún, “sólo con la investidura de objeto se vuelve posible diferenciar una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones yoicas”⁵. Es así como Freud da explicación al surgimiento del narcisismo primario, etapa caracterizada por una unidad compuesta por la madre y el hijo en una matriz indiferenciada.

⁴ Sigmund Freud. *Introducción del narcisismo*, Vol. 14 En Obras completas (Buenos Aires: AE,1914), 72

⁵ IBID p, 74.

En la etapa del narcisismo primario se da que la madre invierte libidinalmente al niño a través de sus cuidados, fundándose este narcisismo por la identificación del sujeto con la imagen especular, lo que le da al sujeto una congruencia narcisista, una posición libidinal tan inquebrantable, que es justamente lo que hace al sujeto atractivo. Precisamente, es porque esa imagen se nos presenta como completa, sin fallas, ideal, que es cautivadora, que fascina al sujeto. Así pues, el narcisismo primario se constituye en el momento de la captación por el niño de su imagen en el otro. Una consecuencia del narcisismo primario, es que el placer del niño está subordinado en esta etapa al deseo de la madre. Esto significa que no hay deseo propiamente dicho, sino deseo del deseo del otro, es decir, subordinación del placer que se brinda, más que placer en el propio deseo, formando así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo.

De esta etapa se dice que el sujeto va a salir cuando en el complejo de Edipo se imponga el ideal del yo. En la fase edípica el niño se da cuenta que la madre desea fuera de él, en otras palabras, se encuentra con que algo le quita la atención de su madre, debido a esto el niño se va a dar a la búsqueda de satisfacción en objetos exteriores.

En ese tiempo se le presenta un ideal con el cual debe medir su yo actual, se produce un quiebre en la relación con la madre, es decir, el niño comprende que no es todo para ella, el objetivo entonces será hacerse amar por el otro, complacerlo para reconquistar su amor, pero esto sólo se puede hacer satisfaciendo algunas exigencias, las del ideal del yo, identificando que el sujeto se subordinara al reconocimiento del otro. Hablar del Edipo, significa hablar de la madre, del hijo y del padre como elementos de dicha estructura, en donde hay una interacción que tendrá determinados efectos dependiendo de la forma como se resuelva la satisfacción de algunas de sus necesidades, tanto de supervivencia como deseos sexuales.

Es a través de la Ley de Prohibición del incesto, que el registro de lo simbólico organiza la castración en la que el Edipo es una forma cultural de la promoción de la función de la castración en el psiquismo. Esto significa, que es por la castración simbólica que se crea la carencia con la que se instituye el deseo. Dicho acto para Freud será susceptible de engendrar displacer, el hecho de que el niño deba separarse de su madre, producirá una

situación displacentera que puede quedar reprimida y fijada dando lugar al inconsciente, generando una angustia que podrá perdurar en el desarrollo de su vida.

Es en este sentido, que el niño se constituye como sujeto deseante o no a partir de ese vínculo primordial con un objeto de amor. Vinculo que generará a través del deseo una serie de sucesos, comenzando con una indiferenciación entre la madre y su hijo que necesariamente tenderá a resolverse logrando un desprendimiento que crea por supuesto una experiencia de ausencia o falta a partir de la cual se posibilita para el sujeto constituirse como deseante.

El niño construye teorías, concepciones, representaciones, y éstas no se constituyen desde las percepciones consientes sino desde el posicionamiento inconsciente que ocupa como sujeto frente a otro; el deseo de saber tiene que ver con la forma en que opera la función paterna en esa díada madre fálica-hijo narcisista, en donde se debe producir una fisura para que se dé una posibilidad de deseo de saber.

1.3 Sexualidad infantil

La pretendida inocencia infantil y el carácter angelical de los niños logran quedar desterrados en el momento en que Freud consigue reconocer la existencia de una pulsión sexual en la infancia, por medio de la cual aparece la disposición del tierno infante a convertirse en un perverso polimorfo. Parece cierto que el recién nacido trae consigo al mundo impulsos sexuales, que después de un período de desarrollo, van sucumbiendo a una represión progresiva, la cual puede ser detenida a su vez por evoluciones del desarrollo sexual u obstaculizadas por particularidades individuales.

Con el pasar del tiempo, el deseo propio del niño se inscribirá sobre una energía particular, denomina libido, entendida ésta como una energía sexual que debe ser diferenciada de otras energías, como por ejemplo el apetito, que es una energía para la supervivencia. La libido empuja a la obtención del placer, a la satisfacción en el plano sexual, el placer por el placer. En relación a lo anterior, Freud plantea la existencia de una

sexualidad infantil, afirma que no se puede limitar la sexualidad a la genitalidad, ya que puede observarse, cotidianamente, cómo los niños buscan satisfacciones en determinadas zonas de su cuerpo que nada tienen que ver con las necesidades de supervivencia.

Inicialmente Freud habla de una negligencia de lo infantil, por medio de la cual se pensaba que la sexualidad solo aparecía en el periodo de la pubertad, considerando que todo aquello que ocurriera fuera de dicho periodo era anormal. Sin embargo, un fuerte estudio de las manifestaciones sexuales infantiles revelan probablemente los rasgos esenciales de la pulsión sexual, descubriendo su desarrollo y la composición de elementos procedentes de diversas fuentes. En ocasiones, algunos autores hablaban de hechos precedentes a las actividades sexuales infantiles, tales como erecciones, masturbación o incluso actos análogos al coito, pero siempre como sucesos de una temprana corrupción.

Seguidamente, Freud pasa hablar de una amnesia infantil basada en la represión para producir un olvido, en este caso un olvido de los primeros años de vida. Dicha amnesia que convierte para cada individuo la propia niñez en algo análogo a una época prehistórica y oculta a sus ojos los comienzos de su vida sexual, es la culpable de que, en general, no se conceda al período infantil un valor en cuanto al desarrollo de la vida sexual. Y que operan como consecuencia ante las reacciones que determinan en la vida adulta impresiones, dolores y alegrías. De otro lado se ha dejado de suponer, que las impresiones olvidadas, no por haberlo sido, han desaparecido de la memoria sin dejar profundísima huella en la vida psíquica y haber constituido una enérgica determinante de todo el ulterior desarrollo. No puede existir, por tanto, una real desaparición de las impresiones infantiles; debe más bien tratarse de una amnesia análoga como aquella que viven los neuróticos con respecto a los sucesos sobrevenidos en épocas más avanzadas de la vida y que consiste en una mera exclusión de la conciencia llamada represión.

A continuación, se habla de un periodo de latencia sexual de la infancia y sus interrupciones, haciendo referencia a los hallazgos frecuentes de impulsos sexuales, aparentemente extraños en la infancia, así como el descubrimiento de los recuerdos infantiles inconscientes de los neuróticos, los cuales permiten esbozar la conducta sexual

durante la época infantil. En la latencia se da la desaparición de dichos impulsos sexuales de y se establece como punto de encuentro por la norma.

Posteriormente, aparecen las inhibiciones sexuales, aquellas que se presentan de manera total o parcial constituyendo algunos poderes anímicos que luego van en contra del instinto sexual y lo canalizan, demarcando su curso a manera de dique. Dichas estructuras se logran gracias a la herencia por un lado y la educación por otro, siendo esta última en la mayoría de los casos la que mantendrá las huellas de lo orgánicamente preformado, imprimirlo más profundamente y depurarlo.

Por otra parte, está la formación reactiva y sublimación, momento en que los impulsos sexuales infantiles que no han dejado de aparecer durante la latencia, son desviados hacia otros fines, dejando de lado la utilización sexual. Tal proceso recibe como nombre sublimación, mecanismo sobre el cual formula Freud en “los tres ensayos de la sexualidad infantil”, que los impulsos sexuales de los años infantiles serían inaprovechables, puesto que la función reproductora no ha aparecido todavía, circunstancia que constituye el carácter esencial del período de latencia. Empero, tales impulsos habrían de ser perversos de por sí, partiendo de zonas erógenas e implicando tendencias que, dada la orientación del desarrollo del individuo, sólo podrían provocar sensaciones displacientes, generando fuerzas psíquicas contrarias que fundarán para la destrucción de tales sensaciones displacientes los diques psíquicos a citar: repugnancia, pudor y moral.

Finalmente queda la interrupción del periodo de latencia, momento en el cual se desvía generalmente el desarrollo del individuo. En esta parte los educadores se conducen a la formación de los poderes morales de defensa a costa de la sexualidad. El súper Yo comienza a operar como conciencia moral, es el tiempo de constitución de la pasión. Se debe, por tanto, dedicar todo el interés a los fenómenos de la educación, pues se espera que ellos permitan llegar al conocimiento de la constitución originaria del impulso sexual.

1.3.1 Características de la sexualidad infantil

En la época victoriana hablar de la sexualidad infantil era casi un pecado. En la obra *Tres Ensayos de Teoría Sexual* (1905), Freud expone cómo en ese momento la opinión popular asumía la creencia de que lo sexual faltaba en la infancia, definitivamente, los infantes no experimentaban las pulsiones sexuales del modo en que lo hacían los adultos. A partir de los trabajos de Freud, se acepta que la sexualidad está presente desde la infancia y se desarrolla hasta la edad adulta. Es por este hecho importante, que se considera necesario conocer las bases del desarrollo para la comprensión del ser humano y su psiquismo. Aun cuando hoy este tema sigue siendo tabú, muchos de los conceptos freudianos se han insertado en el discurso social. Se hablara ahora de las características de la sexualidad infantil descritas por Freud, las permitirán un acercamiento de tal constitución originaria.

Se habla que la sexualidad infantil se da desde el nacimiento, en el momento en que el infante comienza con el chupeteo como succión productora de placer. Esta succión o chupeteo que aparece en el niño de pecho, puede durar hasta la edad adulta e incluso conservarse por el resto de la vida, consiste en un contacto seccionador rítmicamente repetido y verificado con los labios, acto al que falta todo fin de absorción de alimento. Una parte de los labios, la lengua o cualquier otro punto asequible del cuerpo del mismo individuo, es tomada como objeto de la succión. Dicha succión productora de placer está ligada con un total embargo de la atención y conduce a conciliar el sueño o a una reacción motora de la naturaleza del orgasmo. Con frecuencia se combina con la succión productora de placer el frotamiento de determinadas partes del cuerpo de gran sensibilidad: el pecho o los genitales exteriores. Muchos niños pasan así de la succión a la masturbación, considerándolos como una de las primeras pericias sexuales de la infancia.

Por otra parte, de acuerdo con lo plantado por Freud, se piensa además que la sexualidad infantil no se reduce solo a la genitalidad. Del ejemplo anteriormente expuesto sobre la succión puede deducirse que existen muchas otras zonas erógenas, entendidas por Freud como esa “parte de la epidermis o de las mucosas en las cuales ciertos estímulos

hacen surgir una sensación de placer de una determinada cualidad”⁶. El carácter rítmico juega un papel importante en la producción de dichos estímulos productores los cuales están ligados a condiciones especiales que aún no se conocen. Al decir que la sexualidad no se reduce solo a lo genital, se hace referencia a que la cualidad erógena puede hallarse en cualquier parte del cuerpo, existen algunas zonas predeterminadas, como por ejemplo la del “chupeteo”, el mismo ejemplo demuestra que ésta puede extenderse a cualquier otra región de la epidermis o de la mucosa, lo que significa que así como en la succión, toda otra parte del cuerpo puede llegar a adquirir igual excitabilidad que los genitales y ser elevada a la categoría de zona erógena.

Freud también habla de que la sexualidad infantil se presenta como autoerótica, haciendo notar como la pulsión sexual no se orienta hacia otras personas y encuentra su satisfacción en el propio cuerpo. En los inicios del proceso de constitución del sujeto, el niño se satisface tanto de sí mismo autoeróticamente y del cuerpo de su madre que parece ser apreciado como una prolongación propia, sin embargo se logra un momento en que cae sobre el niño un conocimiento de separación que lo lleva a sentirse incompleto. Aparece un juego de ausencia y presencia de su madre, como objeto primordial que le permite reconocer que toda satisfacción no proviene de sí mismo y que el pecho que lo alimenta viene y se va. Con ese descubrimiento de sí mismo, aparece el autoerotismo como expresión erógena de la intención y el narcisismo como consecuencia psíquica, obteniendo como resultado una construcción de imagen de sí mismo que le permitirá trasladar su auto satisfacción corporal a la imagen autocomplaciente de su propio cuerpo, es decir, al yo.

Volviendo al ejemplo del chupeteo, se observa claramente como el acto de la succión es determinado en la niñez por la busca de un placer ya experimentado y recordado, el infante succiona rítmicamente una parte de su piel o de sus mucosas encontrando por este medio, la satisfacción buscada. Sus labios se convierten en zona erógena, recibiendo una primera sensación de placer producida por la cálida corriente de la leche. Esto demuestra que el infante no busca un objeto exterior a él, sino que se sirve de una parte de su cuerpo por dos

⁶ Sigmund, Freud. *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras completas de Sigmund Freud. Volumen VII. (Buenos Aires: Amorrortu editores 1905).

razones, una de ellas por comodidad y la otra porque de este modo se hace independiente del mundo exterior, que no le es posible dominar aún.

Y finalmente, se dice que la sexualidad infantil se apunala en necesidades fisiológicas, En la primera versión de los Tres ensayos de teoría sexual, Freud definió la función de apuntalamiento "apoyarse sobre" o anaclisis, para dar cuenta del proceso de diferenciación que se opera entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación, basadas en funciones corporales. Se retoma el ejemplo de la actividad oral del lactante. En el curso mismo de la satisfacción orgánica de la necesidad nutricional, una satisfacción obtenida mediante la succión del seno materno, el pecho, primer objeto, se convierte en fuente de placer sexual, zona erógena. Tiene lugar una disociación, de la que surge un placer erótico irreductible al obtenido por la sola satisfacción de la necesidad. En ese momento aparece la necesidad de repetir la actividad de succión cuando ya se ha alcanzado la satisfacción orgánica, una satisfacción que está convirtiéndose en pulsional autónoma. El proceso se repite con todas las funciones corporales a las cuales corresponden pulsiones de autoconservación, acompañado por la constitución de las zonas erógenas respectivas.

1.3.2 Fases del desarrollo sexual

El fin de la pulsión sexual infantil, consiste según Freud en su texto la Sexualidad Infantil (1905) en hacer surgir la satisfacción por el estímulo apropiado de una zona erógena elegida de una u otra manera, tal como se habló en párrafos anteriores. Esta satisfacción tiene que haber sido experimentada anteriormente para dejar una necesidad de repetirla, y no debe sorprendernos hallar que la naturaleza ha encontrado medio seguro de no dejar entregado al azar el hallazgo de tal satisfacción. La actividad del chupeteo expuesta como placentera que sirvió de ejemplo anteriormente, fue la que llevo a Freud a descubrir las organizaciones sexuales pregenitales, definidas como: oral, anal, fálica, periodo de latencia y genital, ampliando de esta manera su idea sobre la sexualidad infantil hacia una estructura compuesta por pulsiones que permitirán vehiculizar la libido y así

poder sostener ese deseo propio, en lo que respecta al caso, sostener el “deseo de saber” gracias a un proceso de sublimación.

En relación al quehacer sexual, es importante identificar que, como cualquier otro desarrollo, la sexualidad infantil está enmarcada por un proceso y en éste a su vez se ubican algunas fases, entre ellas:

La fase Oral o caníbal distinguido como la primera etapa para Freud, en ella aparecen los primeros intentos por satisfacer las demandas promovidas por la libido. La boca es la principal zona en la que se busca el placer. También es la boca una de las principales zonas del cuerpo a la hora de explorar el entorno y sus elementos, y esto explicaría la propensión de los infantes por chupar el dedo o que todo lo que encuentre a su alrededor se lo lleve a la boca. El fin sexual de esta fase consiste en la asimilación del objeto, modelo de aquello que después desempeñará un importantísimo papel psíquico como identificación. Como resto de esta fase de organización ficticia y que sólo la patología forzaría a admitir como propia, la succión, en la cual la actividad alimenticia ha sustituido el objeto exterior por uno del propio cuerpo.

En esta fase aparece también el impulso a morder que se fortifica con la salida de los dientes, incorporándose el sentido de una destrucción del objeto, lo que implica que la ambivalencia entra en juego en la relación de objeto. Según Melanie Klein la fase oral constituye el momento culminante del sadismo infantil, ya que, además de encontrar placer en el succionar, el niño satisface tendencias destructivas de morder, de vaciar, de agotar succionando.

En segundo lugar está la fase Anal o sádico – anal. En ella la actividad está representada por el instinto de aprehensión, y como órgano con fin sexual pasivo aparece principalmente la mucosa intestinal erógena, es decir, toda la atención se centra en el control de los esfínteres. En esta fase el interés del niño recae sobre las heces, como un componente significativo de su cuerpo. Las concibe como algo muy valioso que se puede obsequiar o negar. No le producen asco alguno y podría jugar con ellas como si se tratara de uno de sus juguetes. Para Freud, esta actividad está vinculada al placer y la sexualidad.

Las fijaciones relacionadas con esta fase del desarrollo psicosexual tienen que ver con la acumulación y con el gasto, vinculadas con el ahorro y la disciplina en el primer caso, y con la desorganización y el derroche de recursos en el segundo.

La tercera es la fase Fálica, fase que asocia su zona erógena a los genitales. De este modo, la principal sensación placentera sería la de orinar, pero también se originaría en esta fase el inicio de la curiosidad por las diferencias entre hombres y mujeres, niños y niñas, empezando por las evidentes disimilitudes en la forma de los genitales y terminando en intereses, modos de ser y de vestir. Es cuando surgen preguntas sobre por qué los niños tienen pene y las niñas no, viviendo una gran curiosidad que en lo posible no debe ser reprimida.

Aparece en cuarto lugar el periodo de Latencia, caracterizada por no tener una zona erógena concreta asociada y en general, por representar una congelación de las experimentaciones en materia de sexualidad, o sea, se detiene la investigación sexual infantil. Allí se vive un periodo en el que, debido a la represión ya existente, surge una especie de amnesia infantil, tal como se explicó en líneas anteriores en donde se ocultan los comienzos de la vida sexual. Siempre esta fase ha estado asociada a la aparición del pudor y la vergüenza relacionada con la sexualidad.

Finalmente la fase Genital, relacionada con los cambios que acompañan a la adolescencia, por lo que los genitales se convierten en el interés central. En esta fase del desarrollo psicosexual el deseo relacionado con lo sexual se vuelve intenso, tanto que no se puede reprimir con la misma energía como se hacía en otras etapas. La zona erógena relacionada con este momento vital vuelve a ser la de los genitales, pero a diferencia de lo que ocurre en la fase fálica, aquí ya se han desarrollado las competencias necesarias para expresar la sexualidad a través de vínculos de unión de carácter más abstracto y simbólico que tienen que ver con el consenso y el apego con otras personas.

El desarrollo de las fases anteriormente mencionadas, cumplirán un papel preponderante en el desarrollo de dicha Monografía, en la medida en que ayudan a entretejer aquello que se cuestiona en relación al deseo de saber. Freud en su obra

“Inhibición, Síntoma y Angustia” (1925), dice que en la neurosis obsesiva opera el mecanismo de la regresión, el cual retrocede desde la lógica fálica hasta la lógica sádico-anal. Esta lógica desvincula el pensamiento del acto que es el umbral por el que lo simbólico se sumerge en el goce de la vida como deseo. A esto hace referencia Melanie Klein al exponer que la actividad intelectual deriva en línea recta del erotismo anal e insiste que el sadismo estaría en la fuente de la necesidad de conocer. Apoderarse, conservar, rechazar, manipular, son los componentes de la pulsión anal que pueden transponerse en la adolescencia o en la edad adulta al campo intelectual.

En efecto los rasgos de la neurosis obsesiva asume la analidad como determinante para la erotización del pensamiento y la necesidad de dominio. Sin embargo, una investidura demasiado grande, con el deseo sádico de dominación, puede arrastrar culpabilidad e inhibición. Desde una lógica fálica, el saber ocupa el lugar de falo imaginario. Para Cordié (2003)⁷ la fase fálica se articula con la problemática edípica, por tanto el trabajo intelectual, el éxito escolar estarán asociados a los ideales paternos, según como se mencionó en párrafos anteriores a los cortejos de identificación o rechazo a dichas identificaciones.

Los niños se esfuerzan por comprender, pero en ocasiones su exploración no tiene resultados y los lleva a renunciar a su propósito, ocasionando a veces como consecuencia un deterioro permanente de su deseo de saber. La duda puede convertirse en modelo para la actividad de pensar en torno de otros problemas, ante los que, si fracasa en un primer intento, tendrá en lo ulterior un efecto paralizante manifestándose esto como una inhibición para pensar. Al respecto Freud menciona que “desde este primer conflicto psíquico puede desenvolverse una escisión psíquica y con ello la consecuente suspensión del reflexionar”⁸. Lo que Freud hace notar, es que las dudas o conflictos que se viven en la infancia en relación al deseo de saber sobre el quehacer sexual, tendrán repercusiones en su vida anímica, o en la actividad reflexiva de su pensamiento, que puede ser inhibida o compulsiva deteriorándose como consecuencia su capacidad para pensar o adquirir conocimientos.

⁷ Annie Cordié, A. *Los Retrasados No Existen*. Psicoanálisis de niños con fracasos escolares. (Buenos Aires. 2003)

⁸ Sigmund Freud. *Pulsiones Y Destinos De Pulsión*. En Obras completas tomo XIV (Buenos Aires: AE 1915).

1.4 La pulsión

En relación a la pulsión, Freud (1915), en su texto “*Pulsión y destinos de pulsión*” desarrolla la definición de ésta la cual tiene todo que ver con el deseo de saber en el niño, distinguiendo de ella cuatro dimensiones que posiblemente darán explicación también al tema: En una primera instancia habla de *Drang* o esfuerzo de una pulsión “se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de actividad; cuando negligentemente se habla de pulsiones pasivas, no puede mentarse otra cosa que pulsiones con una meta pasiva”.

Una segunda dimensión es *La meta*, “es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Pero si bien es cierto que esta meta última permanece invariable para toda pulsión, los caminos que llevan a ella pueden ser diversos, de suerte que para una pulsión se presenten múltiples metas más próximas o intermediarias, que se combinan entre sí o se permutan unas por otras. La experiencia nos permite también hablar de pulsiones «de meta inhibida» en el caso de procesos a los que se permite avanzar un trecho en el sentido de la satisfacción pulsional, pero después experimentan una inhibición o una desviación”.

En tercera medida aparece *El objeto*, “es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio. En el curso de los destinos vitales de la pulsión puede sufrir un número cualquiera de cambios de vía; a este desplazamiento de la pulsión le corresponden los más significativos papeles. Puede ocurrir que el mismo objeto sirva simultáneamente a la satisfacción de varias pulsiones”.

Finalmente, *La fuente*, “se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión. No

se sabe si este proceso es por regla general de naturaleza química o también puede corresponder al desprendimiento de otras fuerzas, mecánicas por ejemplo. El estudio de las fuentes pulsionales ya no compete a la psicología; aunque para la pulsión lo absolutamente decisivo es su origen en la fuente somática, dentro de la vida anímica no nos es conocida de otro modo que por sus metas”.

El esquema anteriormente presentado hace referencia al flujo de la pulsión. Es por esto que se dice que tiene total relación con el deseo de saber, en la medida en que en ocasiones dicho deseo (de saber) desvía su meta inicial (ya sea una pulsión sexual) apareciendo de esta modo la sublimación, la cual tiene como significado desviar o cambiar el objeto inicial, el cual es cien por ciento sexual, a un objeto no sexual. La sublimación para Freud está ligada a las pulsiones, se trata del modo más creativo de lograr una coartada a la satisfacción de las mismas, lo que se explica porque la pulsión modifica su fin (ziel) y logra la desexualización. Aquí la sublimación se diferencia de la represión y efectivamente, es una vía de escape de ella; no precisa del sistema de sustituciones, no precisa del síntoma que como retorno de lo reprimido, opera vía la sustitución significativa.

Esta Sublimación del deseo se consolida con el ingreso del niño a la escuela; debido a que la academia cambiará dicha meta sexual y utilizará el Drang o esfuerzo para que el menor se interese por aprender acerca de otros temas, es de esta manera como el niño comenzará a percibir que en su entorno hay cultura, hay normas y reglas, sin lugar a duda será como un freno que permitirá disminuir la pulsión sexual en el individuo.

Tales sucesos o vicisitudes tienen que ver con la historia de cada niño, de tal forma que ante la demanda de amor dirigida a sus padres y las respuestas de éstos a dicha demanda, determinarán las formas de relación que el niño va a establecer con su entorno, incluyendo su relación con el deseo o inhibición de saber. Es decir, cómo se las ha ido arreglando durante el desarrollo de la conquista progresiva de su propio deseo. Hacia la misma época en que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, esto es, del tercero al quinto año, aparecen en él los primeros indicios de esta actividad, denominada pulsión epistemofílica (pulsión de saber o pulsión de investigación).

Freud lo asevera en su texto *La Sexualidad Infantil* (1905) cuando indica que “*el instinto de saber no puede contarse entre los componentes instintivos elementales ni colocarse exclusivamente bajo el dominio de la sexualidad*”. Su actividad corresponde, por un lado, a una aprehensión sublimada, y por otro, actúa con la energía del placer de contemplación. Sus relaciones con la vida sexual son, sin embargo, especialmente importante, pues el psicoanálisis ha enseñado que la pulsión de saber infantil es atraída y hasta quizá despertada por los problemas sexuales en edad sorprendentemente temprana y con insospechada intensidad.

1.4.1 Pulsión y saber

Por tanto, luego de haber abordado dichos conceptos, es posible hablar ahora de pulsión epistemofílica como punto de partida de todo emprendimiento del conocimiento. Melanie Klein, fue la psicoanalista que expuso el concepto por primera vez, lo definió como el interés del niño por el mundo externo y su afán de conocimiento. A sí mismo, Freud también retoma su denominación y la precisa etimológicamente haciendo referencia al “amor por el conocimiento” a esa pulsión de investigar o de conocer. No es sino escuchar hablar a un infante para saber cuál es el objeto de la pulsión epistemofílica, pues siempre estará atravesado por preguntas de carácter metafísico que sorprenden enormemente a los adultos, al punto de sentirse en ocasiones imposibilitado para responder, son preguntas que apuntan al ser del sujeto referentes al cuerpo, los orígenes, el sexo o la muerte.

Para Ramírez, "ninguna actividad del pensamiento y del comportamiento se produce en el hombre sin que sea guiada por la pulsión epistemofílica, de conocimiento o de saber"⁹. Esto es, que cualquier actividad humana está orientada al saber por dicha pulsión, resultando ineludible adquirir una visión lo más completamente posible de la misma, si se desea comprender cómo el ser humano adquiere conocimiento concerniente a su identidad (a sí mismo) y al mundo que lo rodea. Por su parte el psicoanálisis considera que, es posible

⁹ Hernando Ramírez. *Psicoanálisis y procesos de aprendizaje*. Revista Educación y pedagogía. N° 50. (Medellín: U. de A 1993).

identificar la existencia de una pulsión de saber o epistémica, en la medida en que ésta presenta una relación directa con la conservación de la vida individual, en donde aparece la reproducción como uno de los factores principales, conduciendo a plantear la relación pulsión de saber-sexualidad, la cual corrobora uno de los aportes Freudianos consistente en el gran valor que tiene la sexualidad para la especie humana.

Freud equilibraba el deseo de saber o la pulsión epistemofílica a la búsqueda de un saber sexual. En los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* expresa lo siguiente: “*El niño se aferra a los problemas sexuales con una intensidad imprevisible e inclusive se puede decir que son éstos los problemas que despiertan su inteligencia*”¹⁰. Esto es lo que Freud llamó curiosidad sexual, todo aquello que hace referencia al deseo y al goce.

Dicho saber sexual pendiente por descubrir se alimenta de la problemática edípica, o como lo menciona la psicoanalista Anny Cordié (2003): “*En cuanto al gusto por aprender, el niño descubrirá qué lugar ocupa en la economía libidinal de sus ascendientes: ¿qué interés tienen ellos por el saber?, ¿qué sucede con el amor a los libros?*”¹¹. Sabemos perfectamente que es el objeto deseado por el otro el que se hace deseable”. Esto se expresa cuando el niño trata de imitar las acciones de su madre o persona significativa, queriendo leer el libro que ésta lee y no otro que le presten, situación que debe ser aprovechada para hacer nacer en el infante el amor por el saber.

Entre aquel interés del infante por el mundo externo y su afán de conocimiento, comenzará a ocuparse de acontecimientos que tiene que ver con la relación sexual entre sus padres, el nacimiento de los niños, la diferencia de los sexos, sobre los cuales tienen una concepción muy particular creando sus propias teorías que en general son un reflejo de su propia constitución. Se pregunta movido por una fuerza pulsional por situaciones, como por ejemplo: ¿De dónde vienen los niños?, ¿Qué pasa que una parte del cuerpo parece ser

¹⁰ Sigmund Freud. *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras completas de Sigmund Freud. Volumen VII. (Buenos Aires: Amorrortu editores 1905).

¹¹ Anny Cordié. *Los retrasados no existen*. Psicoanálisis de niños con fracasos escolares. (Buenos Aires 2003).

diferente en las personas?. Cuestionamientos que quizá sean el origen de todo deseo por el saber.

Además, ese explorar no se queda solo en preguntas, deseará explorar su entorno también con su cuerpo, especialmente con la ayuda de algunas zonas, como son: boca, manos, oídos, ojos, entre otros. Estos primeros objetos de exploración servirán a sí mismo para tramitar una satisfacción erógena mediante actos como el chupeteo, el observar, el escuchar y el palpar respectivamente. La psicoanalítica Françoise Dolto (1986) dice que el niño comienza a conocer con su cuerpo y con el cuerpo del otro, lo expresa de la siguiente manera:

“el explorar del niño comienza por tocarse la boca, meter todo lo que sea en la boca, después meter las manos en la boca del otro, en el ano, en las nalgas, entre otros, y progresivamente sobre objetos de transición del placer con el propio cuerpo, sus zonas erógenas, esos objetos parciales, por el placer a descubrir con otro. Entonces ese otro es una parte de uno mismo. En última instancia, mi interlocutor es una parte de mí, mientras yo le hablo, como mínimo, le presto mis oídos; y cuando me callo y él me habla, él me presta los suyos”¹².

¹² Françoise Dolto. *La causa de los niños*. (Ed. Paidós. Barcelona 1986), 111.

Sin embargo, es necesario precisar que estos actos no se dan de entrada, de manera simultánea, sino progresivamente. Como ejemplo de ello, se presenta un caso analizado por Vera Schmidt¹³, educadora rusa y una de las principales figuras del movimiento psicoanalítico en Rusia, quien para 1926 asume una investigación con el objetivo de encontrar resultados que le permitieran al niño tener mayores posibilidades de sublimación en cada una de las fases del desarrollo, satisfaciendo las demandas de su saber. La investigación o laboratorio como lo nombra ella tuvo una duración de aproximadamente 3 años y en éste la autora relata que:

"He querido simplemente, basándome en observaciones propias sobre el desarrollo de un niño, poner de manifiesto la progresiva diferenciación de las sensaciones del hambre y de la libido, que si bien aparecen vinculadas a un solo y mismo acto (el de mamar o chupar), se manifiestan en el niño de forma completamente diferente y lo mueven a actividades totalmente distintas. Espero, además, que mi trabajo demostrará la gran importancia que el acto de chupar tiene para el desarrollo intelectual del niño, y las posibilidades que dicho acto le ofrece para una vinculación con la realidad". (Schmidt, Vera, psicoanálisis y Educación, 1973).

¹³ De la autora se conoce que fue la primera en experimentar con una educación colectiva fundamentada en el psicoanálisis durante los años 1921 - 1924 en el laboratorio, Hogar de Infancia de Moscú. El objetivo primordial de tal experiencia era facilitar al niño posibilidades de sublimación adecuadas a cada fase de su desarrollo satisfaciendo las demandas de saber. El experimento se llevó a cabo una vez dada la revolución Rusa y constituyó una tentativa de desarrollar el modelo de una educación libre que cobijara a los estamentos sociales más dispares: obreros, campesinos e intelectuales. En lo que respecta a Alik, se tiene que fue un niño que nació a su debido tiempo y sin complicaciones. Sus padres son considerados sanos y en ninguna de las familias se detectaron enfermedades hereditarias graves. Todo el desarrollo infantil transcurrió bajo la más absoluta normalidad e ingresó en el Hogar de Infancia del Instituto Psicoanalítico poco después de cumplir el año y medio permaneciendo hasta los cuatro años y medio.

Como referencia de la investigación se obtiene que las primeras semanas del desarrollo del niño, predomina exclusivamente la etapa oral, debido a su relación con el alimento y/o adquisición de placer. Paulatinamente se va observando un progreso donde su predominante interés bucal se va transfiriendo a otras partes del cuerpo, como por ejemplo, las manos y los ojos como herramienta para situarse dentro del entorno.

Esta primera fase del desarrollo de la pulsión de saber en el niño planteada por Schmidt, se caracteriza por un afán de orientación hacia el mundo que lo rodea. Surge inesperadamente un impulso irresistible que lleva al niño a querer dominar el mundo a través de la investigación como medio para lograrlo.

Es importante mencionar que, inicialmente el niño no reconoce a la madre como un ser independiente de él, sino que la refiere como una prolongación de su propio ser. Del mismo modo, no dispone de una idea de unidad, dado que recibe estímulos fragmentados debido a su falta de madurez biológica y de desarrollo psíquico. No obstante, a medida que va madurando su estructura biológica y psíquica, su orientación en el mundo va siendo más específica, permitiéndole la posibilidad de reconocerse a sí mismo gracias al reconocimiento fundante de ese Otro, que en la mayoría de los casos es su madre.

Aparece seguidamente una siguiente fase o momento del desarrollo de la pulsión del saber o pulsión epistemofílica, considerable para el tercer año de edad y caracterizada por "un mayor desarrollo del lenguaje, lo que permite al niño hacer preguntas"¹⁴. Surge un interés desmedido por conocer el porqué de las cosas y los padres se sienten en ocasiones agobiados por el incremento de preguntas a las cuales se ven enfrentados, teniendo en cuenta que están orientadas no tanto a una apariencia superficial, sino a aspectos relacionados con pulsiones parciales, como por ejemplo, el funcionamiento de ciertos órganos propios, de otros niños, de los padres y hasta de los animales, incluso se empiezan a insinuar, intereses referidos al problema de la diferencia entre los sexos. Es un momento de exploración para el niño, pero ahora de una forma más concienzuda y compleja.

¹⁴ Vera Schmidt. *psicoanálisis y educación* I. (Barcelona: Ed. Anagrama 1973).

Ya para el cuarto año de edad, se podría dar inicio a una tercera fase que aparece contraria a lo que ocurría en la anterior, dado que la esencia de las preguntas que eran sugeridas por fenómenos que llamaban su atención, ahora son planteadas por sí mismo y trata obstinadamente de darle una solución. Para este momento de lo que se ocupara el niño, será principalmente por obtener respuestas sobre el origen de las personas y los objetos, entretejiendo de esta manera el postulado de Freud sobre las teorías sexuales infantiles; en el cual menciona que cada respuesta que el niño construye ante este interrogante fundamental, es una teoría explicativa que tiene su paralelo en los diferentes estadios sexuales. Es decir, las teorías extraen los elementos que las constituyen, de las vivencias, las fantasías, las frustraciones, diferenciando cada fase de la evolución libidinal.

Entrado el niño a los seis años de edad comienza a ubicarse en el cuarto momento del desarrollo de la pulsión epistemofílica como lo ha venido planteando Schmidt. Va de la mano con la represión de complejo de Edipo y en esta fase el niño dirige su interés a aspectos relacionados a la norma o la moral, en los cuales tiene entrada Dios, el gobierno, el ejército, la cárcel, entre otros.

Las cuatro fases anteriormente mencionadas, dejan ver cómo cada una de las preguntas planteadas por el niño en los diferentes momentos, toca las puertas de su psiquismo y le van proporcionando un sentido a la realidad del cual puede adquirir un juicio para extraer sus propias conclusiones. Del mismo modo, se logra extraer que la pulsión epistemofílica se desarrolla progresivamente, tal como se mencionó en párrafos anteriores, sin embargo dicho desarrollo está ligado a una pulsión de dominio a un deseo.

Como se pudo observar en la investigación de Vera Schmidt, la pulsión epistemofílica camina al lado del deseo, un deseo que es desconocido por el propio sujeto (es inconsciente) por lo que es el primer sorprendido cuando ese deseo se manifiesta de un modo u otro, pues él no sabe lo que le pasa, pero lo experimenta, sufre los efectos de ser un ser de deseo.

1.5 Sublimación – simbolización

Paralelamente a este concepto, se plantea la sublimación como uno de los caminos de la pulsión sexual, para explicar que ciertas actividades humanas encuentran en ella su energía y son dirigidas con un fin no sexual hacia objetos socialmente valorados, convirtiéndose en pulsión de saber. La sublimación entonces, hace referencia a un proceso postulado por Freud que denota desde un punto de vista económico (de la cantidad de energía) y dinámico (conflicto psíquico), ciertos tipos de actividades sostenidas por un deseo que no apunta, en forma manifiesta, hacia un fin sexual.

La pulsión de saber se construye en la historia del infante, de alguna forma estará relacionada con la sexualidad, pero en últimas va mucho más allá de ella. Cuando en el infante surge el amor por el conocimiento, se plantea de manera paralela la sublimación, convirtiéndose en uno de los caminos que toma la pulsión sexual para mudar o desplazar su meta sin sufrir quebranto esencial en cuanto a intensidad. A esta facultad de cambiar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente relacionada con ella, se le llama la facultad para la sublimación¹⁵. En la sublimación surgen las dimensiones de la pulsión, hay un desplazamiento hacia un nuevo fin, o sea, aquello que el sujeto va a producir de su sexualidad para aportar a la sociedad, re-direccionándola hacia actividades no sexuales aceptadas social y culturalmente, y valoradas por el individuo, algunas de ellas creación artística, investigaciones intelectuales y científicas o prácticas deportivas a las cuales la sociedad les concede gran valor.

Existen por lo menos dos caminos posibles para la tramitación de los conflictos psíquicos, el del simbolismo y el de la sublimación. Siendo la simbolización un prerequisite para las actividades sublimatorias, se hace necesario situar el logro de esta capacidad de simbolización en el devenir psíquico hablando de esta constitución en los primeros tiempos. Inicialmente se tomará como punto de partida el inicio de inscripción de

¹⁵Sigmund Freud. La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna. En Obras completas Tomo IX. (Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu editores 1908).

la pulsión, para poder dar cuenta de la manera que adquieren las derivaciones pulsionales en el proceso de estructuración del psiquismo.

Asumiendo la pulsión como esa energía libidinal que produce excitación en el psiquismo con una necesidad de descarga, mencionada ya en párrafos anteriores, surge el infante como un devenir psíquico a través de la intervención del otro. Las investiduras que se producen en este primer tiempo, dirigidas al soporte de las inscripciones pulsionales, tales como el cuerpo, lo sensorial y la erogenización, (entendida como esa experiencia de placer), van dejando huellas que al quedar asociadas a la experiencia de satisfacción, forman un entramado representacional. Dicha trama psíquica se complejiza progresivamente, por tanto la motricidad como función investida logra mediante la actividad de apoderamiento aferrarse del objeto de la satisfacción.

Aparecen unas vías de contacto de la energía pulsional que se van estructurando a través de cuatro causas principalmente: una necesidad de descarga por excitación del aparato, una necesidad de dominio del objeto, el placer de las zonas erógenas y la imagen del objeto que permite la satisfacción, este puede ser proporcionado por cualquier tipo de rasgo, por ejemplo el ocasionado por lo sensorial (un olor).

Algunos autores coinciden en formular que la corriente de dominio aparece presente en la constitución de toda pulsión, la cual está asociada a la motricidad y a la voluntad o deseo de apoderarse del objeto que permite la satisfacción. El psiquismo a su vez encuentra el objeto y lo pone en contacto con la zona erógena, obteniendo así la satisfacción buscada. De la intensidad en que se den las experiencias sensoriales, ya sea cualitativa o cuantitativa principalmente en encuentros repetitivos boca-seno, es que se generaran inscripciones que actuaran como los primeros registros. De esta forma surgirá una asociación del estímulo con la acción hasta lograr construir relaciones lógicas en torno al placer-displacer, satisfacción y frustración.

En el trascurso de la vida aparecen canales que funcionan como vías de inscripción en el sistema psíquico. Las representaciones que se van constituyendo, forman una red simbólica con la cual juega el psiquismo, de esta manera la pulsión podrá ir encontrando

ciertas vías de derivación alejada de las descargas pulsionales directas. Ahora bien, de aquello que se constituyó durante esos primeros tiempos es que se podrá construir la posibilidad de simbolización y de sublimación. Aparece el juego como una de las capacidades del niño para simbolizar, a través de él las formas de derivación pulsional que permitirán obtener placer sublimado. La imitación que se da durante el juego representacional dará lugar a una condición identificadora en el infante.

Melanie Klein¹⁶ plantea la simbolización como forma temprana que tiene el niño de producir desplazamientos de la pulsión agresiva, desde el objeto primario de la relación de objeto hacia otros vínculos próximos mediante la actividad de apoderamiento y del juego. Es posible considerar que en el trabajo de simbolización hay un apoderamiento del objeto por medio de la actividad y un trabajo del psiquismo para crear nuevos objetos que sustituyen los objetos primarios.

Por otra parte, cabe agregar los efectos que produce la intervención de la madre en el psiquismo del hijo, desde antes de nacer, se podrán inferir actos simbolizantes en ese espacio en el que el yo advendrá, enunciados señalados por la madre que serán identificatorios, esto significa que es a través de la interacción con esa madre que se generaran nuevos precedentes pulsionales. De cierta acción se generaran inhibiciones de la pulsión, se producirá la detención de la descarga y un estado de atención del infante al mensaje de su madre.

A los efectos de éste, aparece una conducta de imitación temprana por parte del niño, imitación orientada al gesto que implica toda la sensorialidad del mismo. En este propósito, del proceso de imitación surgirá la aceptación del límite, inhibición de la descarga pulsional y renuncia, representado en el momento en que la madre realiza pautas de negación para generar frustración en el autoerotismo del infante e inhibición de las descargas pulsionales. De esta manera, la madre le ayudará al psiquismo de infante para que cree nuevas vías de resolución, constituyendo diques anímicos. Será mediante la inhibición que aparecerá la

¹⁶ Melanie Klein. *Amor, culpa y reparación*. En: Obras Completas. (Buenos Aires: Paidós 1937)

frustración; y en la búsqueda de salida pulsional florecerá la creatividad buscando diferentes vías para la resolución de la tensión.

Cabe agregar que el reconocimiento del otro, será el inicio de un proceso de subjetivación. Cuando la madre reconoce a su hijo como otro, identificando sus necesidades, reconociendo las obligaciones que tiene para con él y explorando lo que el infante quiere o necesita, se dará el proceso de subjetivación que el niño deberá tomar por su cuenta cuando adquiera la capacidad de simbolizar y de situar como “yo” por medio del lenguaje. El niño renuncia a representaciones deseantes por amor al otro. Dice Silvia Bleichmar¹⁷:

“La primer sonrisa, la de reconocimiento, es una sonrisa que ya manifiesta la base de los sentimientos morales. La posibilidad de postergar la perentoriedad del deseo para establecer un rapport con el otro constituye la base de toda relación amorosa y por supuesto el reconocimiento”.

Los efectos de las potencialidades mencionadas anteriormente son las que fundamentarán la aparición de una actividad sublimatoria, en resumen: el reconocimiento de la alteridad, que comienza a inscribirse en los primeros encuentros, cuando la madre codifica las necesidades del infante, la transcripción y retranscripción de las inscripciones (huellas) en el psiquismo para que puedan ser simbolizadas y el establecimiento de la represión primaria (represión de los modos autoeróticos de satisfacción) se presentan como esas actividades en donde lo pulsional, lo erótico, se relaciona con lo amoroso y genera la necesidad de buscar nuevas vías de descarga más allá del autoerotismo, o sea, búsqueda de otros objetos para satisfacer el deseo.

Para ejemplificar tales consideraciones, se podría pensar en el momento en que el infante da inicio a su proceso escolar, momento en el que aparece la simbolización como actividad sustitutiva a la complejización. En esta etapa se amplía el potencial simbólico, dado que el niño comienza a enfrentarse a otros sujetos y objetos que se le imponen y

¹⁷ Silvia Bleichmar. *Violencia Social-Violencia Escolar*. De la puesta de límites a la construcción de legalidades. (Buenos Aires: Noveduc 2008), 24.

reimprime en ellos situaciones originarias relacionadas a lo edípico, a los objetos socialmente valorados y desconocidos, vinculándolos de manera semejante a cómo los vivenció, con los objetos parentales. Esto significa que, si al aumentar los procesos sustitutivos no se encuentra fijado a ninguna etapa anterior, podrá acceder de buena forma a un mayor despliegue de su potencial psíquico.

La sublimación entonces se constituiría en ese momento como el movimiento deseante marcado por la capacidad simbolizante y el encuentro con un medio ambiente psíquico adecuado. A su vez la potencialidad sublimatoria aludiría a la capacidad para investir intereses alejados de la satisfacción directa de las pulsiones parciales. Implicando también un gran soporte de narcisización para el infante sostenida por los ideales de las figuras significativas, ideales que corresponden en ocasiones con la cultura de la época, que se van transmitiendo intergeneracionalmente.

Se tiene, pues, que la sublimación es uno de los destinos de las pulsiones como lo menciona Freud y la época más propicia para su inicio es precisamente en el período de latencia, ya que durante este tiempo principalmente se da el influjo de la educación como alternativa sublimatoria de los impulsos pulsionales. Así, se entra en algo fundamental para el sujeto en su lucha por la supervivencia, como lo es su gran capacidad para aprender o también llamada pulsión de saber, de conocimiento o epistemofílica constituyéndose, a su vez, en un tipo especial de sublimación.

2. INHIBICION DEL DESEO DE SABER

De lo abordado en el capítulo anterior se puede deducir que a mayor inhibición del niño en la interacción con el adulto respecto a la manifestación de sus preguntas, inquietudes, dudas, sospechas, entre otros, más lejana será la posibilidad de simbolizar su mundo, lo que quiere decir que a mayor represión más dificultad de poner en palabras lo deseado, lo que lleva a disfrazar más el deseo en los revestimientos de la demanda. Por tanto, este segundo

apartado tratara de abordar algunos mecanismos que se presentan en el aparato psíquico como posibles inhibidores del deseo de saber.

Se dará inicio con el concepto de inhibición, la cual hace referencia a una simple disminución de una función. Freud planteara la inhibición como una detención del movimiento con el fin de evitar la aparición de la angustia, por tanto la inhibición operará en el campo del movimiento, deteniendo al sujeto por la posible inminencia del encuentro con su deseo, además plantea que esta inhibición puede generalizarse a todas las funciones, lo que sería una posible manera de explicar la depresión y la melancolía.

Lacan por su parte dirá que la nominación de lo imaginario es la inhibición, ya que la inhibición es lo que detiene el funcionamiento de lo simbólico en la estructura, aportando el sentido, que es imaginario pero detiene el desplazamiento de lo simbólico. Los seres humanos, son seres de lenguaje, por tanto la primera nominación que reciben, o sea, el primer límite es imaginario y constituye el narcisismo. Se puede llamar inhibición a:

“una limitación de una función del yo, limitación que significa que la represión triunfa totalmente, puesto que impide al yo un desempeño eficaz en su relación con la realidad, es una muestra del alcance de la castración, la defensa de las fuerzas represoras se extienden hasta el posicionamiento del deseo y lo que de este se derive para no permitir el ejercicio de una función”¹⁸.

Es decir, cancela la capacidad operativa del yo al punto de hacer que se inhiba el proceso de la excitación de la pulsión misma, con la intervención de la señal de angustia para lograr la cancelación de las libertades de pensamiento. Las inhibiciones son pues una renuncia a ciertas funciones, porque en su ejercicio se desarrollaría angustia.

¹⁸ Tenorio Benigna. *El deseo de saber en la infancia*. Revista de Educación y Desarrollo. (Mexico, 2013)

La inhibición operara en el campo del movimiento, deteniendo al sujeto por la posible inminencia del encuentro con su deseo, incluso Freud planteaba que esta inhibición puede generalizarse a todas las funciones. La inhibición aparece como una detención del movimiento con el fin de evitar la aparición de la angustia, entendiendo por angustia ese instante donde el sujeto se enfrenta ante una encrucijada, o se defiende para evitarla vía la inhibición o el síntoma, o lleva a cabo su acto en consonancia con su deseo. La inhibición suspende el acto, pero como la disposición libidinal, o sea el deseo, sigue siendo el mismo culmina con una satisfacción libidinal por la vía de la formación de síntoma.

Freud en su apartado “Inhibición, síntoma y angustia”¹⁹ piensa la inhibición como una renuncia a una función porque el ejercicio de la misma produciría angustia. Entonces la inhibición emerge como asunto del yo, es una función que realiza el yo. Al respecto Cordié brinda algunos ejemplos de sucesos reales que podrían ocasionar inhibición en el deseo de saber:

- *“La Prohibición de saber se origina a veces en la interdicción de saber acerca de los orígenes. Ciertos niños a los que se les oculta la adopción o una paternidad dudosa se comportan como débiles mentales”.*
- *“hemos encontrado con frecuencia en el niño, bloqueos en cálculos, cuando la adición y la sustracción despiertan un deseo de muerte respecto a un recién llegado o a otro niño”.*
- *“Observamos con frecuencia graves problemas en el desarrollo intelectual de los niños a los que se les oculta los problemas mentales de uno de los padres. Los daños en este caso, pueden ser considerables, hasta el punto de hacer pensar que el niño heredo la enfermedad mental de su padre o su madre. Las razones de esta*

19 Sigmund Freud. *Inhibición, síntoma y angustia*. En Obras completas. (Buenos Aires: Amorrortu, vol. XX 1980) 73-164.

situación serían muy largas para encarar su desarrollo, digamos que intervienen muchos factores”.

- *“El niño puede identificarse por amor con un padre enfermo y presentar los mismos síntomas”.*
- *“Una locura que no es reconocida, dicha, identificada, puede pasar por una norma. El hecho de que exista un no-dicho sobre un sinsentido no permite al niño orientarse en las operaciones lógicas, el sentido se hace ley, es la locura de a dos. Si no está sostenido por un padre o por algún otro representante de ley, puede psicotizarse sin ser un psicótico desde su origen. El “no saber nada” acerca de la locura de un padre o de una madre, el tabú que rodea en ciertas familias a todo lo que se relacione con la enfermedad mental, refuerzan en él la interdicción de saber. Permanecer en la ignorancia, ser un débil mental, le evita la confrontación con un otro al que no puede juzgar, ni amar impunemente, ni matar simbólicamente”.*
- *“Ciertos secretos de familia, que solamente son secretos porque está prohibido hablar de ellos, tales como un padre asesino, una muerte ocultada, una mala conducta paterna, inhibe toda la curiosidad intelectual”.*
- *“Ciertas situaciones traumáticas vividas por un niño empujan a la debilidad mental. Cuando Françoise Dolto, en su consulta encontraba a un niño especialmente inhibido, se planteaba siempre la cuestión del incesto padre-hija, pero también incesto hermano-hermana. Esta transgresión puede cerrar todos los accesos a la ley del discurso”.*

Esto ejemplifica que en algunos casos la inhibición suspende el acto, pero como la disposición libidinal, o sea el deseo, sigue siendo el mismo culmina con una satisfacción libidinal por la vía de la formación de síntoma. En el caso de la exhibición el inhibido

muestra lo que no puede, lo da a ver pero él no lo ve, de modo que difícilmente se interroga por lo que no ve. De esta manera el esfuerzo psíquico no se hace para que el deseo se realice, sino para mantener su realización a distancia

En este freno del movimiento, el sujeto cae en la trampa de la captura narcisista y se evita la confrontación con la castración por vía de un recurso imaginario que es el congelamiento de la imagen. En últimas tal como como lo plantea Freud, la inhibición se presenta como una calma para el yo, porque podría decirse que neutraliza la angustia, generando un límite, una imposibilidad de movimiento, un detenimiento de una función.

2.1 Represión

Se ha demostrado la importancia de los primeros años de la vida en los que el niño se enfrenta a conflictos necesarios, conflictos que más allá de representar una situación biológica de lucha por la vida, se trata de una situación imaginaria que tiene que simbolizarse. Para trazar algunas líneas se tomará como referencia a Freud y algunos planteamientos de su teoría que son importantes en este tema. Para ello, cabe destacar específicamente el mecanismo inconsciente de la represión por su importancia en la estructuración del aparato psíquico, pues una de las posibles salidas podría estar orientada a eso reprimido, que dará lugar a la pulsión por el saber.

La represión es fundamental para el tema que ocupa dicha Monografía, puesto que es un mecanismo que da lugar a que se instituyan funciones muy importantes para la constitución del deseo de saber, y con ello la posibilidad de simbolizar. La represión se refiere a un mecanismo psíquico mediante el cual se excluyen de la conciencia cuestiones que son inaceptables para el sujeto. Busca como salida la fuga de lo que causa dolor, pero esta no es una solución, no funciona del todo. La energía excluida desencadena un conflicto en el psiquismo y lo excluido siempre pugna por expresarse. En términos generales, podría mencionarse que la represión es el destino que encuentra una moción pulsional al chocar

con resistencias que quieren hacerla inoperante, es esa renuncia a la satisfacción pulsional, una respuesta del aparato psíquico hacia la fuga, pero de nada vale, porque el yo no puede escapar de sí mismo.

Es por esto que, una moción pulsional se reprime debido a que la meta pulsional causa displacer en lugar de placer. Siguiendo esta idea, la represión consistiría en un apartamiento de la conciencia de algo que resulta intolerable porque despierta displacer. Es por esto que la represión opera como defensa y se constituye a partir de una fijación que se establece en la primera infancia, reflejándose mediante rasgos de carácter y hasta modos de enfermar.

Se tiene así, que la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción. Su esencia consiste en rechazar algo, podría ser la necesidad pulsional de la conciencia y mantenerlo alejado de ella. Por tanto, si la pulsión es una fuerza constante tendría que oponerle una fuerza también constante para rechazarla y mantenerla alejada, por lo que represión e inconsciente son correlativos, no se puede pensar uno sin el otro. La condición bajo la cual se adquiere una represión implica que entre el yo y una representación que a él afluye, surja una relación de incompatibilidad. La representación que emerge produce displacer en el yo, pero no es destruida sino impulsada a lo inconsciente, es reprimida. Freud supone la existencia de dos tiempos por las cuales pasa la represión y serán expuestas a continuación.

2.1.1 La represión primaria

Es un prototipo de mecanismo psíquico que se va constituyendo durante la época de la sexualidad infantil, mediante algunas formas de lazos que se instauran con los objetos a través de las diferentes zonas erógenas, las que cambian su predominio en ese período y a cuyas satisfacciones les va poniendo diques. Dichos diques culminan al finalizar el período del complejo de Edipo, con la instauración del superyó; así se termina de establecer la

represión primaria de la sexualidad infantil, la que puede llegar al sepultamiento de la misma.

Cada vez que el predominio pasa de una zona erógena a otra hay cierta represión, como lo dice Fausto de Goethe citado por Freud “*Los que fueron dioses de una época, pasan a ser los diablos de la posterior*”. Esto es, en el pasaje del período oral al anal, los niños suelen sentir rechazo a la leche o las heces que anteriormente eran tan estimadas, incluso placenteras, ahora serán el prototipo de lo asqueroso y lo repugnante. También al exhibicionismo infantil, incluso el sadismo o el masoquismo propios de este período de la vida se les pone este dique, tanto que impide su reconocimiento por el yo como algo propio.

Cuando el monto de excitación erógena fue tal que el aparato psíquico no pudo ligar la excitación con otras representaciones, debió surgir una defensa extrema contrainvestiendo esas cantidades de excitación. Desde entonces la contrainvestidura requiere un gasto energético que la mantiene fijada, siendo esta fijación una de las formas de constitución de la represión primaria y cuyo logro consiste en transformar lo placentero en displacentero.

2.1.2 La represión secundaria

La segunda etapa de la represión, es la represión secundaria o propiamente dicha, en ésta, luego de la institución de la represión primaria, las pulsiones le generan al yo una angustia, aquella que le recuerda qué peligrosa podría ser su satisfacción en relación a la pérdida del objeto, el amor de éste o la castración. De esta manera prefiere ubicarlas en “estado de represión”, o sea van al inconsciente. Así, sus representaciones no podrán participar de la actividad de pensamiento, pero podrán ser manifestadas en la neurosis, precisamente porque falla y así permite el retorno de lo reprimido a través de los síntomas neuróticos, los actos fallidos, los sueños, entre otros. Al respecto Freud piensa que:

“sería equivocado limitarse a hacer resaltar la repulsa que, partiendo de lo consciente, actúa sobre el material que ha de ser reprimido. Es indispensable tener también en cuenta la atracción que lo primitivamente reprimido ejerce sobre todo aquello con lo que le es dado entrar en contacto. La tendencia a la represión no alcanzaría jamás sus propósitos si estas dos fuerzas no actuaran de consumo y no existiera algo primitivamente reprimido que se halla dispuesto a acoger lo rechazado por lo consciente”²⁰.

Probablemente, la tendencia a la represión no alcanzaría su propósito si las fuerzas de atracción y repulsión no cooperasen, si no existiese algo reprimido desde antes. La represión no impide al representante de pulsión seguir existiendo en lo inconsciente, continuar organizándose, y anudar conexiones. Aparece desde lo más oculto y encuentra diferentes formas extremas de expresión, en realidad, la represión sólo perturba el vínculo con un sistema psíquico: el de lo consciente.

Por su parte, Freud en el texto “La represión” indica que ésta trabaja de modo individual:

“cada una de las ramificaciones puede tener su destino particular, y un poco más o menos de deformación hace variar por completo el resultado. Observemos asimismo que los objetos preferidos de los hombres, sus ideales, proceden de las mismas percepciones y experiencias que los objetos más odiados y no se diferencian originariamente de ellos sino por pequeñas modificaciones. Puede incluso suceder, como ya lo hemos observado al examinar la génesis del fetiche, que la primitiva

²⁰ Sigmund Freud. *La represión*. En Obras completas tomo XIV. (Buenos Aires: Amorrortu editores 1915).

representación del instinto quede dividida en dos partes, una de las cuales sucumbe a la represión, mientras que la restante, a causa precisamente de su íntima conexión con la primera, pasa a ser idealizada”²¹.

Necesita un gasto de fuerza constante, por eso es importante destacar que la movilidad de la represión puede disminuir en el sueño facilitando su formación, al despertar, los actos de represión recogidos se emiten de nuevo. Un Representante de pulsión podría ser una representación o un grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés). Junto a la representación se encuentra el Monto de Afecto, que puede experimentar un destino de represión totalmente diferente del de la representación.

Es por este motivo que, cuando se describe un caso de represión, se tendrá que rastrear separadamente la representación, por un lado, y la energía pulsional o el monto de afecto por el otro. Este factor cuantitativo, de la represión es el que en mayor o menor medida permite el acercamiento al inconsciente. El destino del factor cuantitativo de la representación de la pulsión puede tener tres destinos posibles: a) puede quedar totalmente reprimida y no dejar vestigio alguno observable, o sea, la pulsión es suprimida por completo (histeria), b) puede aparecer bajo la forma de un afecto cualitativamente coloreado de una forma u otra, significa que, sale a la luz de algún modo (neurosis obsesiva), c) puede ser transformado en angustia (fobia). Las dos últimas posibilidades ubican frente a la tarea de discernir como un nuevo destino de pulsión la transposición de las energías psíquicas de las pulsiones en afectos y, muy particularmente, en angustia.

Si una represión no consigue impedir que nazcan sensaciones de displacer o de angustia, entonces ha fracasado y la represión fracasada tendrá más interés que la lograda dado que es el retorno de lo reprimido bajo la forma de síntomas lo que nos permite dar cuenta de la represión. El mecanismo de la represión es la sustracción de la investidura

²¹ Ibid.

energética (o libido, si se trata de pulsiones sexuales). Hasta acá lo que Freud menciona sobre los mecanismos inconscientes de la represión y su importancia en la estructuración del aparato psíquico, ya que a partir de esto es que se constituye eso reprimido que dará lugar a la pulsión epistemofílica que será la pulsión que llevará al niño a investigar, buscando explicación a los enigmas de los orígenes de la vida.

2.2. La angustia

Como se fundamentaba en párrafos anteriores, la represión pasa por dos tiempos: uno primitivo y otra propiamente dicha. Al respecto señala Freud que se comete un error si se destaca exclusivamente el rechazo que se ejerce de lo consiente sobre lo que ha de reprimirse. De igual manera debe de tomarse en cuenta la atracción que lo reprimido primitivo ejerce sobre aquello con lo cual pueda hacer conexión. Una aclaración más respecto a la represión es que en la represión primitiva se genera lo que se llama angustia, constituida como un factor importante en la conceptualización del aparato psíquico.

En Freud aparecen dos concepciones de la angustia; una como descarga somática directa, que sería la expresión de una excitación sexual que no puede ser ligada porque no tiene acceso a los representantes psíquicos y que por ende no moviliza libido; y otra el producto de una transformación de la libido en angustia por efecto de la represión, transformación que es debida a la separación de la libido de sus representantes psíquicos reprimidos, libido que al desligarse se transforma y se libera manifestándose como angustia.

Así mismo indica que la angustia deja de ser un resultado de la represión volviéndose una herramienta al servicio del yo para sus operaciones defensivas. El yo se torna lugar de la angustia y es precisamente la angustia del complejo de castración el motor de la represión, así como el conjunto de las pulsiones edípicas constituirán lo reprimido. Es decir que el yo, en lugar de sufrir el acceso de angustia, la utilizará como señal de peligro

con el propósito de evitar su desarrollo. A este desarrollo de angustia le llama angustia automática, que consiste en un aflujo de excitaciones que el yo no puede controlar.

Del mismo modo, Freud describió algunas situaciones de peligro en relación a la angustia: la del nacimiento, por la indefensión de un ser prematuro, la de pérdida de objeto y la de pérdida de amor del objeto, la de castración, la de culpa ante el superyó y, finalmente, la de autodestrucción como masoquismo; estas dos últimas derivadas de la pulsión de muerte. Si bien describió estas diferentes situaciones de angustia, valorizó la angustia de castración como central, como la otra cara del Edipo y también como el único motor que lleva a los procesos defensivos. No obstante, vale la pena señalar que la angustia de la pulsión de muerte encuentra en Freud una expresión consciente en el sentimiento de lo siniestro, como una expresión amortiguada, de meta inhibida de la pulsión de muerte.

Freud se basa para decir lo anterior en el modelo de la angustia infantil, en donde se da paso al displacer por la ausencia de la madre, que al ser displacentera queda reprimida y fijada, dando lugar al inconsciente y constituyendo una falta también primitiva que la generará, angustia por la falta que dará lugar al deseo y por consiguiente, a la capacidad para simbolizar, tal como se ha mencionado en párrafos anteriores. En otras palabras, la angustia anuncia el peligro que corre el sujeto frente al incremento de la exigencia pulsional en ausencia del objeto madre. Ahora bien, se trata de la ausencia del objeto del deseo, pero su desaparición va acompañada de la emergencia de la exigencia pulsional tomada como objeto real; se podría decir entonces que el objeto real viene al lugar del objeto causa de deseo. Lacan lo explica del mismo modo en su seminario “La angustia”, cuando dice que se produce la emergencia del objeto real del goce. *“De allí que no sea una angustia sin objeto y que, más bien, lo que esta angustia señala es la naturaleza no significativa del objeto”*²².

Por su parte Klein, adscribe la angustia a la pulsión de muerte y no a la pulsión sexual como lo hace Freud. De este modo la importancia central que tiene en Freud la pulsión sexual en la teoría de la libido, la tiene la pulsión de muerte motivando la angustia y siempre referida a objetos. Así entonces, el motor de la vida psíquica ya no es más la

²² Jacques Lacan. *El Seminario*, Libro 10: La angustia, (Buenos Aires, Paidós 2006).

pulsión sexual sino el afecto de angustia y ésta incluye afectos, pulsiones, objetos, defensas, todo lo cual constituye la fantasía inconsciente. Por tanto, la relación entre libido y angustia se invierte ya no es la libido reprimida que genera angustia sino que es el afecto de angustia, los sentimientos de culpa y las tendencias reparatorias que impulsan la relación libidinal y con ello el desarrollo de la libido.

Como ejemplo de ello, se tiene la represión propiamente dicha que recae sobre los procesos secundarios, los cuales tienen que ver con el pensamiento y dan paso a que la angustia actué como señal para evitar una angustia mayor en tanto irrumpiera la pulsión reprimida, es en este carácter secundario de la represión en el que la educación interviene de una manera favorable o desfavorable para el desarrollo del pensamiento. Significa entonces que, si no hay represión primaria y las representaciones se fijan como huellas mnémicas no reprimidas en el interior del aparato indiferenciado, la consecuencia es la imposibilidad del olvido. Del mismo modo, tampoco se generan las condiciones para el surgimiento de la curiosidad intelectual y dependiendo de la falla en la naturaleza de la represión, se manifestarán una serie de trastornos que podrían coincidir con reacciones fóbicas.

Así mismo, Klein (1975) señala, la presencia de ansiedades primarias arcaicas e intensas en el retardo y la inhibición intelectual. Para esta autora las ansiedades persecutorias por la intensa destrucción infringida fantasmáticamente al cuerpo materno, dentro de una relación primaria apuntalada en mecanismos psicóticos, son un factor de inhibición intelectual. Sería el caso de niños que padecen de temores muy precoces, bajo la influencia del Superyó sumamente severo y sádico, temores que van dificultando el desenvolvimiento intelectual del niño y por consiguiente la función simbólica. Klein menciona que *“una excesiva y prematura defensa del yo contra el sadismo impide el establecimiento de la relación con la realidad y el desarrollo de la vida de fantasía”*²³.

²³ Melanie Klein. *Contribuciones a la Teoría de la Inhibición Intelectual*, O.C. Tomo II. (Buenos Aires: Paidós, 1975)

2.3 El síntoma

Existe otra posibilidad y es que las representaciones sustitutivas por efectos de la represión pueden dar lugar a la formación de síntomas, como por ejemplo la inhibición del pensar. Freud hace una distinción muy puntual entre inhibición y síntoma, ya que hay sujetos en que se presentan inhibiciones y ningún síntoma o casos en los que un síntoma da lugar a una inhibición o una inhibición a un síntoma. Define los términos de la siguiente manera: “*Se trata de inhibición donde está presente una simple rebaja de la función, y de síntoma donde se trata de una desacostumbrada variación de ella o de una nueva operación*”²⁴.

El síntoma es esbozado como indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada por la operación de la represión que el yo pone en marcha obedeciendo en esto a un encargo del superyó. Es el producto de un proceso represivo despertado por el desarrollo de angustia. Lo que significa que, la función del síntoma sería anudar aquello que en la angustia queda suelto, a la deriva. Si el síntoma es sustituto, claramente lo es de una satisfacción pulsional reprimida que, en caso de realizarse, no solo no aporta placer sino que adopta el carácter de una compulsión. Freud sostiene que la satisfacción se ha “degradado” a síntoma en virtud de la represión.

Tal como se ha visto, la inhibición puede no hacerse síntoma; el síntoma existe cuando los problemas se organizan y el sujeto los reconoce como propios. Cordié (2003) indica que “*la inhibición y el síntoma pueden aparecer tardíamente*”²⁵, puede ocurrir que el sujeto haya sobrepasado una angustia de castración y su deseo de aprender sea libre, no obstante se niega el acceso al conocimiento cuando éste encuentra un punto peligroso, un elemento que él desea ignorar. El mecanismo inhibitor provocará una interrupción de toda la alteración intelectual y por este motivo una posible debilidad mental.

²⁴ Sigmund Freud. *Pulsiones y destinos de pulsión*. O.C. Tomo XIV. (Buenos Aires: Amorrortu, 1915) 85.

²⁵ Anny Cordié. *Los Retrasados No Existen*. Psicoanálisis de niños con fracasos escolares. (Buenos Aires 2003).

Cabe agregar que, el síntoma en relación al saber tiene un carácter de especificidad particular en comparación con los otros síntomas. Fernández en su texto “la inteligencia atrapada” menciona que:

“el síntoma que surge como inhibición del saber aparentemente no es un síntoma conversivo, no hay una conversión clara, única o puntual a lo corporal. Lo que se atrapa es la inteligencia y más precisamente la capacidad de aprender, que no es una parte del cuerpo ni una función corporal. La estructura inteligente forma parte de lo inconsciente, y el aprendizaje es una función en la que participan tanto la estructura inteligente como la estructura deseante, ambas inconscientes”²⁶.

Sin embargo, coincide con cualquier síntoma en la medida en que siempre estará ligado a un mecanismo represivo, dado que la represión logra rechazar y alejar de la conciencia lo que nos provoca displacer, presentándose también como inconciliable con el psiquismo. Como resultado, no se dará un alejamiento total, dado que reaparecerá en forma de síntoma. Según Schlemmenson²⁷, cuando el infante no expresa interés por aprender, por enriquecer sus saberes, restringe un sufrimiento psíquico empobrecedor, que afectará no solo la realización de sus tareas escolares, sino la expresión global y potencial de su desarrollo general como individuo. Es de suma importancia comprender que cuando la represión es muy severa y no favorece el desarrollo de la pulsión de saber o epistemofílica, puede dirigir al infante a una neurosis, que es una afección de origen psíquico y cuyos síntomas serán la expresión simbólica de un conflicto infantil.

De acuerdo con los razonamientos que se han venido realizando, se hace necesario reflexionar sobre la relación entre la inhibición, la represión, la angustia y el síntoma como

²⁶ Alicia Fernández. *La inteligencia atrapada*. (Buenos Aires: Nueva Visión, 1987).

²⁷ Silvia Schlemenson. *Leer y escribir en contextos sociales complejos*, (Buenos Aires: Paidós 1999).

mecanismo del aparato psíquico influyentes en la constitución o inhibición del deseo de saber en la infancia. En ocasiones las funciones del yo se ven minimizadas por ciertos factores y en la mayoría de los casos son catalogadas en primera instancia como síntomas que requieren tratamientos específicos, sin antes analizar vicisitudes de otro tipo, vinculadas por ejemplo al deseo, a los conflictos edípicos o a las angustias de castración vividas durante los primeros tiempos. Bien se ha mencionado en líneas anteriores, que el placer de la eficacia en el campo intelectual no está fuera de la sexualidad infantil, por lo tanto el infante queda vinculado a una regresión o a una inhibición que pueden ser más o menos prematuras, más o menos parciales y más o menos electivos frente a ciertos modos de relaciones y que pueden instalarse de manera determinante en el momento mismo de la escolarización.

Por lo anterior, se puede decir que la negación al saber, en tanto referida a las inhibiciones, los síntomas y la angustia, puede tener diversos orígenes. Ocurre que no hay posibilidad de deseo de saber si no se produce alguna fisura en la díada madre fálica-hijo narcisista, además de considerar como opera la llamada función paterna, su déficit y sus fallas, como clave para iniciar su proceso educativo. El infante necesita inscribir una falta en el Otro para poder constituirse como sujeto deseante e inscribirse así en el orden de la cultura.

CONSIDERACIONES FINALES

Una vez realizada la monografía, que constituyó un intento de esclarecer las razones por las cuales se concibe o inhibe el deseo de saber en la infancia a través de una mirada psicoanalítica, se lograron extraer algunas consideraciones importantes a mencionar:

Para aprender se debe poner en juego el deseo de saber cómo aquello que motoriza el aprendizaje. Cuando el infante queda por fuera del deseo del otro y se enfrenta a los avances del medio que vive como hostil, podrá retraerse, no solo ante el mundo, sino en relación al sentir y al pensar, llegando a dismantelar sus pensamientos de las fantasías.

La sexualidad es una construcción ligada al saber y el producto de una historia en la que se entreteteje lo erógeno y la fantasía; lo individual y lo cultural, la norma y lo inico, la ley y el deseo.

La capacidad del infante para aprender se sustenta y se explica por la existencia de una pulsión de conocimiento, de saber o epistemica, estrechamente relacionada con el desarrollo de la pulsión sexual. La cual de una u otra forma puede verse obstaculizada por conflictos de naturaleza psíquica que hunden sus raíces en la más temprana infancia.

El deseo de saber si bien actúa impulsado por el deseo, corresponde a una sublimación, dado que su objetivo principal va encaminado a la búsqueda de unas consecuencias que fueron observadas anteriormente y que ahora será necesario reflexionarlas a manera de interrogante, por esto la necesidad del infante de inquirir sobre sus orígenes, como primer paso para despertar el deseo de saber.

Dado lo anterior, se dice que es entonces el adulto el que facilita la sublimación de la pulsión epistemofílica, de acuerdo al interés de sus respuestas contribuirá al desarrollo intelectual del infante. En este orden de ideas, si se tiene en cuenta que la primera investigación sexual es llevada a cabo solitariamente, se constituirá un primer paso dirigido a la orientación independiente del niño en el mundo, como base para forjar solidez en los criterios que subyacen a la toma de decisiones y a todo tipo de actividad intelectual futura.

De otro modo, cuando en lugar de interés en las respuestas, el adulto ubica la mentira ante el deseo de saber del infante, o en su defecto lo recibe como fastidioso, todo interés intelectual, reflexión o construcción quedará inhibido y en su lugar aparecerá timidez, silencio e incapacidad. Es decir, aparece la represión del deseo, del saber con nefastas consecuencias para el desarrollo afectivo e intelectual.

Freud se expresó siempre en favor de la sexualidad infantil, alertando a la sociedad sobre la abstención de satisfacer la curiosidad infantil con explicaciones claras y oportunas. Es por esto que la masiva represión que opera en la estructura del adulto es la responsable de su temor a admitir las diferentes formas de expresión sexual en los niños, como también la culpable de muchas inhibiciones en el plano de lo afectivo e intelectual.

En efecto, la teoría que el infante funda a partir de su propia constitución sexual, de su observación y reflexiones es la que permitirá definir su identidad. Significa entonces que, cuando el niño se atemoriza ante las respuestas del adulto, se ve obligado a abandonar sus convicciones teóricas y su deseo de saber. De esta manera las experiencias sexuales que sustentaban sus opiniones teóricas se reprimen al no encontrar en la palabra del adulto un vehículo de expresión. La causa de la represión no será la prohibición aplicada al hacer, sino la prohibición aplicada al decir, ya que de esta manera se configura la fuga de contenidos de la conciencia, pues lo que no puede ser dicho, tampoco podrá ser pensado.

BIBLIOGRAFIA

- Bleichmar Silvia. 2008. *Violencia Social-Violencia Escolar*. De la puesta de límites a la construcción de legalidades. Buenos Aires: Noveduc.
- Cordié Anny. 2003. *Los Retrasados No Existen*. Psicoanálisis de niños con fracasos escolares. Buenos Aires.
- Tenorio Benigna. 2013. *El deseo de saber en la infancia*. Revista de Educación y Desarrollo. Mexico.
- Dolto Françoise. 1986. *La causa de los niños*. Ed. Paidós. Barcelona.
- Fernández Alicia. 1987. *La inteligencia atrapada*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, Sigmund. 1907. *El esclarecimiento sexual del niño*. Obras Completas Vol. IX. de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, Sigmund. 1926. *Inhibición, Síntoma y Angustia*. Obras Completas tomo XX. de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu editores,.
- Freud, Sigmund. 1914. *Introducción del Narcisismo*. En Obras Completas Vol. XIV, de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, Sigmund. 1900. *La interpretación de los sueños*. Vol IV. En Obras completas (Buenos Aires: AE).
- Freud, Sigmund. 1915. *La Represión*. Obras Completas Vol. XIV, de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, Sigmund. 1905. *La Sexualidad Infantil*. En Obras Completas Vol. VII de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu editores,.
- Freud, Sigmund. 1915. *Pulsiones y Destinos de Pulsión*. En Obras Completas Vol. IX, de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Freud, Sigmund. 1905. *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras completas de Sigmund Freud. Volumen VII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Janin Beatriz. 2011. *El sufrimiento psíquico en los niños*. Diagnósticos en la infancia. Argentina. Noveduc libros.
- Klein Melanie. 1937. *Amor, culpa y reparación*. En: Obras Completas. Buenos Aires: Paidós.
- Klein Melanie. 1931. *Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual*. Contribuciones al psicoanálisis. Bs. Aires, Hormé.
- Lacan Jacques. 2006. *El Seminario, Libro 10: La angustia*, Buenos Aires, Paidós.
- Ramírez Hernando. 1993. *Psicoanálisis y procesos de aprendizaje*. Revista Educación y pedagogía. N° 50. Medellín: U. de A.
- Schlemenson Silvia. 1999. *Leer y escribir en contextos sociales complejos*, Buenos Aires: Paidós.
- Schmidt Vera. 1973. *Psicoanálisis y educación I*. Barcelona: Ed. Anagrama.